AVE CÉSAR

REX WARNER

AVE CÉSAR

El joven César
César imperial

edhasa

Consulte nuestra página web: https//www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Young Caesar / Imperial Caesar*

Diseño de la sobrecubierta: 

Traducción de Marta Álvarez de Toledo

Primera edición: noviembre de 2026

© Rex Warner, 1958, 1960
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6412-5

Impreso por Gómez Aparicio S.L

Depósito legal: B 18750-2026

Impreso en España

ÍNDICE

EL JOVEN CÉSAR

PRÓLOGO 16

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1 MI FAMILIA 21
Capítulo 2 UNA ESCENA CALLEJERA 33
Capítulo 3 ENTRADA EN EL MUNDO DE LA POLÍTICA 41
Capítulo 4 LUCHA EN EL FORO 51
Capítulo 5 LA CAÍDA DE ROMA 61
Capítulo 6 EL REGRESO DE MARIO 71
Capítulo 7 EL FIN DE MARIO. 81
Capítulo 8 LA VICTORIA DE SILA 93
Capítulo 9 MI HUIDA 101

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 1 EL REY DE BITINIA 111
Capítulo 2 REGRESO A ITALIA. 123
Capítulo 3 PRIMEROS PASOS EN POLÍTICA 135
Capítulo 4 LOS PIRATAS 147
Capítulo 5 EL RETORNO A ROMA. 157
Capítulo 6 POMPEYO Y CRASO. 167
Capítulo 7 ORACIONES FÚNEBRES 179

LIBRO TERCERO

Capítulo 1 EL TEMPLO DE GADES 191
Capítulo 2 POMPEYO Y LÚCULO 199
Capítulo 3 UNA CONSPIRACIÓN 211
Capítulo 4 ÉXITOS Y FRACASOS 223
Capítulo 5 EL SUMO PONTÍFICE 235
Capítulo 6 EL CASO RABIRIO 245
Capítulo 7 CATILINA ABANDONA ROMA. 257
Capítulo 8 EL DEBATE SOBRE LA CONSPIRACIÓN . 269

LIBRO CUARTO

Capítulo 1 DESÓRDENES 285
Capítulo 2 ESCÁNDALOS 297
Capítulo 3 GOBERNADOR DE ESPAÑA 309
Capítulo 4 LA ELECCIÓN CONSULAR 319
Capítulo 5 CÓNSUL 329
Capítulo 6 VÍSPERAS DE LA PARTIDA 341

CÉSAR IMPERIAL

PRÓLOGO 350

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1 LLEGADA A LAS GALIAS 363
Capítulo 2 LA PRIMERA BATALLA 377
Capítulo 3 PROTECTOR DE LOS GALOS 391
Capítulo 4 CRISIS DE UN EJÉRCITO. 399
Capítulo 5 LA GUERRA CONTRA LOS BELGAS . . . 407
Capítulo 6 DIFICULTADES EN ROMA 423
Capítulo 7 UNA CONFERENCIA AFORTUNADA . . . 437
Capítulo 8 ÉXITO EN EL OESTE
EL CONSULADO DE CRASO Y POMPEYO 445

Capítulo 9 MATANZA DE GERMANOS Y DESEMBARCO EN BRITANIA 457
Capítulo 10 SEÑALES DE PELIGRO 471
Capítulo 11 BORRASCAS CRECIENTES 483
Capítulo 12 LA GRAN REBELIÓN GALA 497
Capítulo 13 UN MOMENTO DE DECISIÓN 511
Capítulo 14 LA PACIFICACIÓN DE LAS GALIAS . . . 525

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 1 LA GUERRA CIVIL 541
Capítulo 2 LA CONQUISTA DE ITALIA 555
Capítulo 3 BREVE VISITA A ROMA 571
Capítulo 4 ESPAÑA, MARSELLA, ÁFRICA 583
Capítulo 5 EL COMIENZO DE LA GUERRA EN GRECIA 595
Capítulo 6 DIFICULTADES Y DERROTA 609
Capítulo 7 HACIA FARSALIA 625
Capítulo 8 VICTORIA Y PERSECUCIÓN 639
Capítulo 9 LLEGADA A EGIPTO 653
Capítulo 10 LA GUERRA DE ALEJANDRÍA 667
Capítulo 11 ASIA E ITALIA 681
Capítulo 12 ÁFRICA Y ROMA 693
Capítulo 13 MUNDA 707
Capítulo 14 CONCLUSIÓN 721

EL JOVEN CÉSAR

A Barbara

PRÓLOGO

En la tarde del 14 de marzo, en el año 44 a. de C., César cenó en casa de Lépido, en Roma. Terminada la cena, se retiró a una mesa situada a un costado y se puso a escribir. Tenía entonces cincuenta y ocho años y hacía ya algún tiempo que era calvo. Sin embargo, su calvicie quedaba oculta por la corona triunfal que, por un decreto del Senado, estaba autorizado a lucir en todas las ocasiones. Hacía poco que había sido nombrado dictador a perpetuidad y alrededor de un mes antes de la fecha de esta comida había rehusado –algunos decían que no con mucho agrado– el ofrecimiento de una corona que le hizo Antonio. Se creía que dicha oferta volvería a hacérsele, aunque en distinta forma, al día siguiente, fecha de los idus de marzo. Lucio Cotta, el anciano tío de César, propondría formalmente en el Senado que al dictador le fuera dado el título de «rey». Justificaría tal propuesta presentando una declaración del Libro de los Oráculos, según la cual a un rey le estaba asignado el destino de conquistar el gran reino de Partia, en Oriente. Como César, ese día, inmediatamente después de la reunión del Senado, debía partir hacia Partia y unirse a la campaña militar final, la propuesta de Cotta podía representar un acto patriótico.

Ignoramos qué ocupaba la atención de César al sentarse a escribir, mientras escuchaba de tiempo en tiempo las conversaciones de los invitados a la cena. Pudo muy bien haber estado atareado con órdenes para sus comandantes de división, o con instrucciones sobre la conducción de sus tropas; también pudo haber estado redactando reglamentos destinados a poner tér-

mino al lujo y al derroche de las mujeres romanas o de los hombres de negocios; pudo estar haciendo anotaciones acerca de una de sus propias campañas, o componiendo un poema o un tratado literario o escribiendo una carta de amor a Cleopatra, la reina de Egipto, que por entonces se encontraba en Roma, o a cualquier otra de entre las numerosas mujeres que conocía. Cuestiones referentes a puentes, acueductos, caminos, finanzas, religión, proyectos municipales, control del tráfico, alteraciones en el calendario, una antología de dichos chispeantes, que por ese entonces estaba compilando, el problema judío, detalles sobre uniformes, estatuas, las dificultades de sus amigos... En todos, algunos o muchos más de estos asuntos, podía haber estado concentrada su atención, tan numerosos eran sus afanes, intereses y responsabilidades, tan activos y enérgicos eran todavía su cuerpo y su mente.

Era cierto que en los últimos años había estado sufriendo de crecientes ataques de una especie de epilepsia, y no faltaban algunos que llegaban a sostener que, debido a su temor por tales ataques –pues odiaba todo lo que fuera indecoroso– o a causa de la perturbación mental de la cual estos ataques eran síntoma, su conducta y sus maneras en cierto modo habían cambiado. Su bien conocida afabilidad y cortesía eran cualidades –según se decía– que iban desapareciendo. Hubo, por ejemplo, una ocasión en que ofendió al Senado recibiendo sentado a sus miembros. ¿Sería esto signo de despotismo o nada más que agotamiento físico? Y en la última gran batalla de la guerra civil, algunos expertos manifestaron que demostró una temeridad sorprendente y una impaciencia tal que bien pudieron haberle costado la vida o el honor. Sin embargo, sus amigos podían explicar con justicia que siempre fue temerario, y que no era ésa la única batalla que ganó en el último momento y como resultado de haber expuesto su propia persona al mayor peligro. En cuanto a sus maneras, decían que eran tan amistosas y afables como siempre. Para la amistad tenía ciertamente un don único. No hubo en la historia ningún otro gran hombre que contara con tantos amigos y de tan diferentes niveles sociales; y si César hizo frecuen-

temente amistades, como con Pompeyo y con Craso, que en parte servían para promover sus propios intereses, mucho más numerosos fueron los casos en que su amistad fue libremente ofrecida y libremente aceptada como algo sincero, agradable y desinteresado. En cuanto al Senado se refiere, no era cosa nueva en él reaccionar de forma violenta ante la pomposidad y el obstruccionismo. Tal vez fue un error haber recibido a los senadores sin molestarse en ponerse en pie, pero ésa era la clase de aparentes errores que César cometía con frecuencia y que finalmente resultaban ser tácticas provechosas para su partido y para sí mismo. Era muy probable que el incidente fuera recordado en el futuro como un ejemplo más de la informalidad de César, de la extraña confianza en sí mismo originada en su propia temeridad. Y no porque a estas alturas de su vida temiera a ningún poder superior. Con todo, él debió saber que, aunque el orgulloso Estado de Roma se encontraba a sus pies o en sus manos, quedaban todavía muchos individuos que debido a la ambición, la envidia, el rencor y aun al patriotismo lo odiaban, y que quizá despertaba más odio aún entre aquellos con quienes había sido más clemente. No ignoraba la naturaleza humana, puesto que toda su vida transcurrió en la política revolucionaria. El único peligro al cual se hallaba expuesto era el del asesinato, y muy característicamente no tomó ninguna precaución.

No obstante, no habría sido propio de él no haber prestado al asunto alguna atención. Durante ese festín de Lépido, en la noche anterior a los idus de marzo, levantó la cabeza por algunos instantes de su trabajo y escuchó con atención la conversación de los invitados, quienes discutían en términos generales acerca de cuál sería la clase de muerte más agradable. Los demás no sabían que él estaba escuchando y no dejaron de sorprenderse cuando de pronto intervino en la conversación con las palabras: «Una muerte repentina», y volvió otra vez su atención al trabajo que estaba haciendo.

Uno de los invitados debió haber quedado impresionado por sus palabras. Fue Décimo Bruto, quien, aunque lo ignoraba, había sido nombrado segundo heredero en el testamento

de César. Era un hombre de gran prestigio militar, que sirvió muy bien a César en muchas campañas y que todo lo debía a su amistad con él. Sin embargo, se encontraba entre los conspiradores que, encabezados por otro Bruto, hijo de Servilia, la anterior amante de César, un joven a quien el dictador profesaba singular cariño, planeaban el asesinato para el día siguiente. Décimo Bruto debió haberse preguntado, tal como hoy nos lo preguntamos nosotros, qué sensación, qué conocimiento, que intuición o sospecha pudo haber detrás de esas palabras dichas con toda calma encomiando una muerte repentina: una muerte que ya había sido planeada.

Que César no tuvo conocimiento de la índole precisa ni de la amplitud de la conspiración es cosa cierta. Sin embargo, los relatos que han llegado hasta nosotros sobre el perturbado sueño que tuvo esa noche, sus presentimientos, dudas y pesadillas, son la evidencia de que su mente estuvo afectada por alguna terrible sospecha... ¿Acaso supuso que por primera y única vez la suerte, la violencia y su propio carácter se habían combinado en su contra? ¿Pudo imaginar que sus horas estaban contadas? Y, de haber sido así, ¿habrá visto, tal como se supone que algunas personas llegan a ver antes de la muerte, desfilar velozmente todo el proceso de su vida? No sabemos qué pudo haber visto ni cómo pudo haberlo juzgado, pero en parte podemos imaginarlo. Nuestra imaginación debe ser selectiva, puesto que aun los sucesos que suponemos desfilaron ante sus ojos, ya en la casa de Lépido, ya en los intervalos en que estuvo despierto durante la noche, son demasiado numerosos para ser registrados; y es propio también circunscribirnos por respeto a la verdad, aunque en un asunto como éste la objetividad no es posible. Con frecuencia, César emprendió la tarea de explicárselos, pero no estaba habituado a la autocrítica. Su grandeza es indiscutible; pero, si tal grandeza es algo admirable o desastroso, es una cuestión muy diferente.

César sabía que era grande, si bien ese conocimiento parece haberle llegado gradualmente. Antes de su muerte podemos imaginarlo reflexionando acerca de la vida que estaba tan próxima a su fin en términos como los siguientes.

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1
MI FAMILIA

Mi familia desciende de los antiguos reyes de Roma, y si hemos de creer la historia según la cual Venus fue nuestra antepasada, también descendemos de los dioses inmortales. Existan o no los dioses, esa fuerza que hallamos en la naturaleza y en la personalidad a la que llamamos «Venus», ha sido muy generosa conmigo, excepto, cosa extraña, en su aspecto procreativo. Después de muerta mi hija Julia, no queda nadie de mi sangre, pues, aunque Cleopatra pretenda mi paternidad sobre su hijo Cesarión, no hay que fiarse de sus palabras. Sin embargo, nuestra antigua familia, elevada por mí otra vez a la grandeza después de muchos años de oscuridad, no se ha extinguido. La hija de mi hermana (fue en el año de la conspiración de Catilina) dio a luz un niño, Octavio, al que nombré mi heredero. Es un joven de notable habilidad, ambicioso, sensato y absolutamente cruel. Desgraciadamente su salud es deficiente, pero también lo fue la mía a su edad. Si vive, heredará, asirá y sabrá retener el poder.

Con la notable excepción de mi persona, no ha habido durante muchos años en la familia Julia ningún varón que se destacara. Mi padre nunca logró el consulado, pero Aurelia, mi madre, fue vastamente conocida, salvo en círculos libertinos, por su integridad, su encanto y su considerable capacidad intelectual. Tenía sus ambiciones puestas en mí, y en los tiempos críticos de mi carrera siempre fue un apoyo, desaprobándome con frecuencia. Y, en verdad, no toda mi carrera puede ser aprobada por aquellos cuyos principios, aunque liberales, son estrictos. No obstante, prefiero creer que mi madre, como mujer,

comprendió que los principios, aun los más sinceramente mantenidos, para resultar efectivos han de ser adaptados, en cierta medida, a los acontecimientos. La tragedia de nuestros tiempos y, de algún modo, mi propia tragedia, consiste en que los remedios adoptados han sido insuficientes para abatir el mal; en que hechos accidentales, como el peso muerto de la tradición, los intereses y la estupidez, han entorpecido continuamente mi libertad y rapidez de acción, de manera que lo que he realizado ha sido, más que lo bueno, lo necesario. Por otra parte, debe observarse que no mucha gente es capaz de realizar lo necesario y mucho menos todavía moldear, aun en cierto grado, las fuerzas de la necesidad misma. Por haber reconocido algunas necesidades y por haber actuado con la rapidez y seguridad indispensables para garantizar que entre dos o más posibilidades, una al menos se haya concretado, mereceré el respeto de la posteridad. Es probable, sin embargo, siendo la naturaleza humana tal como es, que sea a la vez detestado y admirado, pero siempre por razones equivocadas. El espíritu doctrinario y anticuado de Catón no murió con él en Utica. Se hallará con frecuencia que es suficiente con llamarme «rey» o «dictador», o se magnificarán hasta más allá de lo concebible palabras tales como «libertad» con la intención de presentarme como a un fenómeno calamitoso que, por ambición personal, despojó a los hombres de sus derechos y oportunidades de libre progreso. Y habrá otros que, al igual que muchos hoy, me admirarán hasta la idolatría por la única razón de ser ellos mismos incapaces de asumir responsabilidades. Son éstos los hombres que siempre adorarán al poderoso, aun cuando ese poder se dirija directamente contra sus propios intereses e imaginarias creencias. Su adulación brota de un natural servilismo y, aunque en toda situación constituyan un factor de gravitación, carecen, sin embargo, de valor. No me gustaría ser calificado como bueno ni como malo. Sería más apropiado llamarme necesario, brillante y, siempre que se diera la posibilidad, bienintencionado.

Me imagino que mi madre pensó en mí en esta forma, aunque en mi niñez, como es natural y propio de una buena educa-

ción, las palabras «bueno» y «malo» fueron frecuentemente pronunciadas. No sólo mi madre misma, sino también varios de entre sus familiares eran gente destacada tanto por su alcurnia como por su alto nivel intelectual. Rutilio Rufo, por ejemplo, tío de mi madre, era un adepto a la filosofía estoica, pero, contrariamente a Catón, la sentía con sinceridad y sin la menor ostentación. Era lo que llamamos un «antiguo romano» y, a decir verdad, el único ejemplar de este tipo que jamás conocí. La persecución de que fue objeto por parte de los capitalistas romanos de nuevo cuño me enseñó una de las primeras lecciones en política. Luego vienen los hermanos de mi madre, los Cotta, dos de los cuales llegaron al consulado. Recuerdo especialmente a Cayo Cotta, uno de los mejores oradores de su tiempo y hombre de grandes luces. Él, como la mayoría de sus amigos, era ferviente estudioso de la literatura y de la teoría política griegas. No es que pensaran, como parecen haberlo hecho algunos reformadores anteriores, que la estructura política de una sociedad puede ser importada en masa e imponérsele a otra; pero habían advertido perfectamente, mucho antes que los demás, que la constitución y teoría del gobierno romano, a pesar de lo admirables que fueran en el pasado, resultaban ahora inadecuadas, anticuadas y hasta peligrosas. Así, en sus conversaciones, a las cuales aun de muy niño me fue frecuentemente permitido asistir, debatían los méritos de la democracia, oligarquía y monarquía, citando a Tucídides, Aristóteles, Platón y a filósofos populares del momento.

Era un oyente entusiasta, fascinado en parte por la política misma y en parte por lo que consideraba la gran distinción intelectual de la familia de mi madre. Mis tíos y sus amigos tuvieron la bondad de fijarse en mí, y estimularon mi temprano y duradero interés por la literatura griega. Recuerdo que durante una de sus discusiones los sorprendí, al aventurarme a citar un verso de Eurípides, sobre el cual he tenido que reflexionar en muchas ocasiones:

> Si mal has de hacer, hazlo en salvaguardia
> del poder supremo y, en otras cosas, sé siempre bueno.

Mi tío Cotta, por entonces un joven que comenzaba su carrera en los tribunales, me aplaudió por haber leído y recordado a Eurípides, pero deploró el contenido de los versos por antiliberales. Le sobraba razón, pero fue incapaz de comprender qué se entiende por necesidad.

Me sentía orgulloso de mi madre y su familia. También estaba orgulloso y fui profundamente influido por otra relación familiar de índole completamente distinta. Hoy, sólo amigos personales o especialistas en historia recuerdan a los Cotta; en cambio, mi tío Mario siempre será recordado.

Es difícil comprender cómo a este formidable y tremendo personaje le fue permitido entrar en nuestra familia. Era de oscuro origen y sus padres, según parece, se ganaban la vida con trabajos manuales.

Él y ellos dependían del poderoso y con frecuencia arrogante clan de los Metelo, pero, según me dijeron, Mario, desde muy temprana edad, proclamó su total independencia y lo demostró al empeñarse en insultar al cónsul Quinto Metelo, quien le había dado la primera oportunidad de probar sus habilidades en la milicia. Mario no tenía dinero ni elocuencia, y después de ofender a los Metelo, quedó sin apoyo en los círculos influyentes. Sin embargo, basándose tan sólo en sus grandes cualidades de soldado y su enorme popularidad, logró el consulado. Todo esto sucedió antes de mi nacimiento, así como su matrimonio con la hermana de mi padre, mi tía Julia. Se trataba de una extraña pareja, ya que Julia era socialmente muy superior a él y Mario, en cambio, nunca concedió la menor importancia al rango. Si hubiese deseado apoyo político probablemente habría buscado alianza con otra familia, ya que la nuestra, por esos tiempos y a pesar de su gran antigüedad, no poseía riquezas ni influencia política. Tal vez Mario y mi tía, por difícil que sea imaginarlo, estuvieron enamorados. Por cierto que mi tía siempre se expresó con respeto cuando hablaba de su esposo y constantemente se refería a las grandes hazañas de éste durante su juventud y primeros años de madurez. Esto era explicable si se considera el espantoso salvajismo que caracterizó sus actos durante las últimas etapas de su vida.

Para mí, durante mi niñez, él fue más una leyenda que una realidad. Se le nombraba invariablemente durante las conversaciones de niñeras, tutores y alumnos, y su nombre, aprobase uno a Mario o no, fue por muchos años el más grande de Roma. La más espléndida de sus incontables victorias fue ganada el año siguiente a mi nacimiento. Entonces aniquiló por completo las grandes huestes germanas que, de no haber sido por él, habrían devastado ciertamente a Italia y a la misma Roma. Poco después cometió algunas tontas equivocaciones en política. Cayó en la trampa tendida por sus enemigos, quienes lo llevaron a actuar de manera impopular, y durante un tiempo quedó completamente desacreditado entre sus amigos. Pero en ningún momento la gente dejó de ocuparse de él. Había algo en su personalidad que llevaba a la fábula, hasta al romance. Tal vez fuera la gran intensidad de su seguridad interior, ya que en realidad distaba mucho de ser un romántico, y se hallaba desprovisto del más leve encanto.

Al igual que la mayoría de los niños, me deleitaban las historias de prodigios y milagros. Muchas de ellas se referían a Mario y aún hoy se cuentan. Recuerdo especialmente cuánto me impresionaba el relato sobre dos buitres que aparecían antes de cada una de sus victorias y acompañaban al ejército en su marcha. Ambos pájaros podían ser reconocidos siempre, pues los soldados, en cierta ocasión, los capturaron y les colocaron sendos collares de bronce alrededor del cuello. Y así, después, cuando estos grandes pájaros, ostentando los reflejos dorados tras sus cabezas y desplegando sus anchas alas, planeaban sobre las columnas en marcha, los soldados, cualquiera que fuese el peligro, se impacientaban por entrar en combate, seguros de la victoria.

Siendo muy niño creía en esta historia y me gustaba pensar en ella y revivirla. Sólo más tarde, con el gradual desarrollo de mi mente, descubrí el evidente fallo de que, por amplio que fuera el alcance del vuelo de los buitres, no era posible que fuera tan grande como el de los ejércitos de Mario. Más tarde, por preguntas hechas a mi tía Julia, descubrí que Mario, durante

sus campañas, tenía siempre a mano seis u ocho buitres enjaulados y equipados con sus collares de bronce. Los pájaros eran tratados y cuidados por uno de los esclavos de Julia, y el propio Mario los manejaba con suma prudencia, no dando jamás la orden de soltarlos a menos de estar previamente seguro de su victoria.

Aunque durante un corto período quedé algo desilusionado al hallar que existía una explicación racional para lo que me parecía la directa intervención de los dioses, pronto me di cuenta de que la historia verdadera daba más prestigio que la falsa a la habilidad de mando de mi tío. Ciertamente él, como Sertorio, el más grande de sus subordinados, poseía el arte de combinar todas las fuerzas a su favor, incluso la considerable fuerza de la superstición. Los hombres están dispuestos a creer casi todo, siempre, claro está, que ello les produzca placer, diversión y confianza. Éste es un hecho conocido para los que, como Mario, pueden genuinamente unirse al sentir de la gente y ganar, como resultado, no sólo respeto, sino, aun contra toda probabilidad, confianza y afecto. Individuos más intelectuales (mi tío Cotta, por ejemplo) creen, como naturalmente todos creemos, en el poder del razonamiento, pero lo consideran más fuerte de lo que en realidad es.

Mario, siendo totalmente inculto, era supersticioso; pero su natural agudeza era tal que toda superstición por él alimentada se adaptaba para servir a sus propios intereses. Durante su vejez, tomó el hábito de relatar un suceso ocurrido, según él, durante su niñez. Mientras caminaba por el campo –decía– recogió en sus brazos y guardó entre los pliegues de su toga un nido de águilas que contenía siete aguiluchos, y que había sido barrido de los acantilados por un fuerte viento. Sus padres, de inmediato, hicieron interpretar el presagio por los augures, y éstos dijeron que el niño estaba destinado a ser el más grande hombre del mundo y que antes de morir alcanzaría siete veces la suprema posición en el Estado.

Esta historia era la predilecta de Mario y solía relatarla después de su exilio y antes de ser cónsul por séptima vez. Exis-

tían, según parece, varias versiones. Después de su segundo consulado, por ejemplo, afirmaba que los aguiluchos eran tres.

Yo mismo, que tenía por ese entonces catorce o quince años, oí la última versión de Mario. Enseguida supe que no era cierta. Me interesaba la historia natural y sabía que el águila nunca pone más de tres huevos. Hasta me aventuré a recordarle este hecho, cosa bien atrevida, como pude comprobar por la expresión de horror que se pintó en los rostros de los circunstantes. A decir verdad, no dejó de alarmarme la furiosa mirada que me dirigió el anciano bajo sus erizadas cejas y pude notar el fuerte nudo de músculos en su brazo, contraídos por el enfado. De pronto sonrió y luego rio ronca y aparatosamente, con un sonido muy desagradable. «Muchacho –dijo–, para Cayo Mario los dioses podrían crear cien aguiluchos».

Evidentemente él consideró este comentario tan terminante como sabio. Naturalmente no era ni lo uno ni lo otro, puesto que no se trataba aquí de la omnipotencia de los dioses, en el supuesto caso de que éstos existiesen, sino que, hasta donde hemos podido observar, los dioses nunca han transgredido las leyes de la naturaleza. Me di cuenta, sin embargo, que ésta era una reflexión demasiado sutil para la mentalidad del anciano y decliné continuar con el tema. También me interesaba no ofender al general, quien en esa época empezó a tomar considerable interés por mí.

Durante las primeras y contadas ocasiones en que me encontré frente a mi pariente, a pesar de la franca admiración que sentía hacia él y de los esfuerzos de mi tía Julia, no conseguí ganar su atención ni su consideración. Según parece, encontraba reprensible mi apariencia, pues, en parte por agradar a mi madre y también por una predisposición natural, yo era desde niño muy cuidadoso en mi manera de vestir y de peinarme. En cuanto a esto último, pronto adopté un modo especial de partir el cabello, dejando caer un bucle bastante bajo sobre la frente. Más de una vez sorprendí a mis condiscípulos riéndose, al verme tocar con un dedo, inconscientemente, la raya de mi peinado para asegurarme de que continuaba recta. Y también la toga,

que todos los jóvenes llevábamos, conseguía usarla de otra manera, poniendo especial cuidado en la elección de la tela y en la elegancia de sus pliegues.

Para Mario, esto era una señal del afeminamiento que esperaba encontrar en las clases sociales altas. Más aún, lejos de admirarme por mis progresos en el estudio del griego, consideraba esta dedicación, en cierto modo, inmoral. «Las batallas no se ganan con verbos irregulares», solía decir, sin observar que también hay irregularidades en nuestra gramática, y decía que, por su parte, no deseaba estudiar la literatura de una raza sometida.

Yo mismo, debo admitirlo, sufrí al principio una desilusión al conocer en la vida real a este personaje, que a través de los rumores de mi niñez me había parecido fabulosamente grande. Las historias que me gustaba recordar no eran precisamente las milagrosas, sino las que mostraban su energía en acción, su temple y el poder extraordinario que ejercía sobre sus hombres.

Estas historias eran verdaderas. En servicio activo, a despecho de la severidad de su disciplina, era capaz de una cierta indulgencia y comprensión. Sus hombres llegaban a tacharlo de demasiado prudente, lo cual demuestra que sabía reservar sus fuerzas para los momentos decisivos. Era moderado en toda su conducta, despiadado empero con el cobarde y el incompetente, justo y recto con todos y por todos amado. Pero, cuando llegó el momento de desempeñar un papel en la vida de la ciudad, su carácter se alteró por completo. Se volvió jactancioso, arrogante, grosero y desagradable aun con sus amigos, tanto como insolente y cruel con sus enemigos. Peor aún, estaba casi siempre bebido y en este estado se ponía de muy triste humor, ensombreciendo las más alegres tertulias; o por el contrario, estando la gente, por alguna buena razón, triste o seria, la molestaba con una alegría chabacana y estruendosa, al igual que el Hércules de Eurípides, inoportunamente alegre durante un funeral. Aunque declaraba despreciar y en verdad despreciaba toda muestra de civilización, esto no le impedía vivir durante largos períodos con lujo y ostentación, en una espléndida villa

en el balneario de moda de Baiae. Como era totalmente incapaz de apreciar ninguno de los verdaderos refinamientos (las estatuas, pinturas, pórticos) que compró a precios altísimos, pasaba indolentemente su tiempo entregado a sus insaciables y groseros apetitos; la comida, la bebida y las relaciones sexuales (si puede usarse esta expresión para describir un simple y bestial acoplamiento) con las mujeres más bajas y vulgares. Era extraño, siendo un libertino, que no sintiera interés amatorio por personas de su propio sexo, y, en verdad, consideraba la homosexualidad como decadente y afeminada, así como el estudio de la poesía y la filosofía.

Naturalmente, mi tía Julia, mi madre y otros miembros de la familia estaban disgustados por su conducta en aquel tiempo; y habrían de estarlo mucho más durante los últimos años de Mario. Tampoco yo pude impedir sentirme algo desilusionado al descubrir que mi ídolo tenía tan poco parecido con el que me había forjado. Sin embargo, nunca dejé de observar y admirar sus verdaderas cualidades. Solía ruborizarme por él cuando, a veces, la gente se reía al verlo tambalearse más que caminar, al dirigirse al gimnasio. Pues aún a edad avanzada se unía a los jóvenes en sus ejercicios en el Campo de Marte. Pero siempre tuve la satisfacción de ver cómo la risa se trocaba en asombro. Una vez que tocaba una jabalina o una espada, se operaba la transformación. Lo salvaje de su expresión era, por lo intensa, casi bella. Hasta tenía una especie de ligereza en sus grandes miembros y una fina destreza unida a la fuerza con que manejaba las armas. Las piernas, que momentos antes parecían tan inestables, ganaban dureza en la acción, prestándole una estabilidad de piedra, y hasta parecían bellas, aunque una estaba cubierta de nudos y nudillos como un árbol viejo y la otra (como resultado de una operación) tenía profundas marcas e incisiones.

También observé en mi tío una cualidad que sólo podría llamarse –aunque no en el sentido general de esa expresión– humanidad. Era ésta la humanidad de la sangre, de los huesos, del coraje, una especie de lealtad y resistencia, y no la que comúnmente asociamos con cualquier excelencia moral o intelec-

tual. En realidad, desde muchos puntos de vista, Mario podría describirse con toda justicia como perverso y estúpido a la vez. Pero, en su sencillez (y no la menciono como cualidad, pues era astuto y vengativo) y en su fuerza, parecía encontrarse algo divino. Con frecuencia, lo recuerdo deteniéndose en la calle para dirigir unas palabras a algún viejo soldado suyo que reconociera entre la muchedumbre, el cual ni se había atrevido a mirar a su comandante en jefe. Las palabras de Mario rara vez tenían gracia y su actitud era la de un exhibicionista. Le gustaba mostrar sus heridas diciendo que eran mejores títulos de nobleza que una galería de retratos de familia. Con todo, dijera lo que dijese y como fuera que se portase, para aquellos que habían servido con él, seguía siendo objeto de un afecto personal y casi fanático. Un hombre a quien dirigió una áspera sentencia en la calle recordaría el incidente (se podía adivinar por su expresión) y lo describiría embelleciéndolo, año tras año, a su mujer, sus hijos, nietos y amigos.

Yo mismo era capaz de compartir esas sensaciones, como que después logré inspirárselas a otros. Por lo tanto, me sentí agradecido cuando, hacia el fin de mi niñez, Mario comenzó a dar señales no sólo de haberse sobrepuesto a su aversión hacia mí, sino de tomar verdadero interés por mi futuro. Atribuyo este cambio al hecho de que me viese hacer un despliegue de destreza como jinete ante mi madre y algunos amigos. Ya desde temprana edad yo era un experto en el adiestramiento de caballos. Me divertía cabalgando velozmente con las manos atadas detrás de la espalda, y también practicando un estilo al uso entre ciertas tribus germanas y galas, las cuales tenían soldados de caballería entrenados también para guerrear a pie, quienes sabían montar y desmontar sus caballos a todo galope. Mario, por puro accidente, me vio en estas prácticas y quedó profundamente impresionado: le asombró que un joven de mi apariencia fuese capaz de tales proezas atléticas, especialmente al recordar que yo era tenido como muy versado en griego. Él, por su parte, se acercaba a la última y más salvaje etapa de su carrera, pero durante sus últimos años dio varias veces muestras de distinguirme. Llegó

un momento en que parecía inminente mi entrada en el mundo político y bajo los mejores auspicios, pero, en la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, esto no fue posible. Pronto los mejores hombres de Roma, incluidos los Cotta, comenzaron a cortar todo contacto con Mario. En cuanto a mí, los favores que me dispensaba por poco me costaron la vida.

No obstante, me agrada recordar a Mario y pienso entonces en su grandeza, olvidando lo de salvaje, brutal y rústico que había en él. Mario no era ídolo para un niño, pero su tremenda sombra dominó mi infancia. Solía preguntarme si era posible amalgamar en un solo individuo su fuerza, vehemencia y rígida eficacia con las cualidades tan opuestas de cultura, moderación e integridad política que admiraba en la familia de mi madre. Aún me parece dudoso, dadas las circunstancias, que eso sea posible, es decir, si uno desea preservar la propia vida.

Capítulo 2
UNA ESCENA CALLEJERA

Toda mi vida he sido admirado o censurado por mis actividades revolucionarias. Con frecuencia se olvida el hecho de que no fui yo quien comenzó la revolución en Roma. La revolución había comenzado aun antes de mi nacimiento, y durante los años de mi formación, día tras día, fueron grabándose en mi mente la violencia, la ferocidad y el aparentemente irreconciliable antagonismo de esos tiempos. Estos antagonismos fueron en gran parte personificados o reflejados en las importantes personalidades de mi tío Mario y su enemigo Sila. Sólo gradualmente llegué a comprender las causas verdaderas de tales rivalidades. De niño, eran las personalidades las que me impresionaban, y, por lealtad de familia, por instinto y puedo decir también por afecto, yo estaba sin reservas del lado de Mario. Me di cuenta luego de que mi elección, si elección había de hacer entre tan salvajes opositores, fue acertada, pues Mario, con sus enormes fallos, representaba fuerzas más poderosas que él mismo, fuerzas de carne y de sangre: algo capaz de dar vida, crecimiento y expansión a la historia; mientras que Sila tenía un lastre: su orgullo y ambición eran de tan bajo y arraigado egoísmo que, en comparación, la vanagloria de Mario casi parecía generosidad; las fuerzas que representaba eran fuerzas de contracción y osificación.

Tendría alrededor de nueve o diez años cuando conocí a Sila, pero, por supuesto, antes de esta ocasión había oído mucho sobre él. Por más que me gustara escuchar historias sobre la carrera de mi tío Mario, debo admitir que más de una vez me aburrió tener que soportar la frecuente repetición de un parti-